

CINEFORUM



0.- Datos técnicos

Título original: **The Cider House Rules**

Año: **1999**

Duración: **125 min.**

País:  **Estados Unidos**

Dirección: **Lasse Hallström**

Guion: **John Irving** y Novela: **John Irving**

1.- Premios

1999: 2 Oscars: Mejor actor secundario (Michael Caine), guion adaptado. 7 Nominaciones

1999: Globos de oro: Nominada mejor actor de reparto (Michael Caine) y guion

1999: Nominada Premios BAFTA: Mejor actor secundario (Michael Caine)

1999: National Board of Review: Mejor guion

1999: Nominada al León de Oro en el Festival de Venecia: Director (Lasse Hallström)

1999: Critics' Choice Awards: Nominada a mejor película

2.- Resumen

En los años 30 y 40 dirige el orfanato de St. Clouds, en Maine, el simpático y comprensivo doctor Larch (Michael Caine), cuya consigna es: «Sé útil». A él acuden jóvenes embarazadas, que dejan a su hijo para una futura adopción o, simplemente, abortan, aunque esto último es todavía ilegal.

Homer Wells (Tobey Maguire) nació en St. Clouds y, tras fallidos intentos de adopción, allí creció como el hijo que el doctor Larch nunca tuvo. En 1943, Homer trabaja como segundo médico del orfanato, aun sin titulación alguna, poniendo en práctica lo que le ha enseñado el Dr. Larch. Homer se dedica a los partos y, a pesar de la presión de su mentor, se niega a practicar abortos.

Un día, contra la voluntad de Larch –quien querría que fuera su sucesor–, decide salir del orfanato y ver mundo. Marcha así con Candy y Wally, jóvenes novios que han frustrado el embarazo no deseado de la joven ante la movilización de Wally hacia los frentes de la II Guerra Mundial. Homer trabajará como recolector de manzanas en la gran finca de la familia de Candy, vivirá con ella un intenso romance e intimará con los temporeros, negros y analfabetos. Uno de ellos deja embarazada a su propia hija, y será el propio Homer quien practique el aborto. Finalmente vuelve a St. Clouds como sucesor del Dr. Larch.



3.- ¿Mensaje proabortista?

Como ha reconocido el propio Irving, ha sido *Las normas de la casa de la sidra* –adaptación de su novela *Príncipes de Maine, Reyes de Nueva Inglaterra*– la película en la que se ha comprometido más: impulsó el proyecto, escribió el guion e impuso su presencia en el rodaje. Por eso la película conserva plenamente el mensaje proabortista y el fondo hedonista y permisivo de la novela.

«Elegí Maine porque es el primer Estado donde se prohibió el aborto», ha reconocido Irving. Y, en orden a su objetivo, muestra varios de los típicos casos extremos invocados habitualmente por los defensores del aborto: pobres chicas, embarazadas y sin recursos, a las que hay que ayudar.

Pero Irving no se planta ahí; según él, todas las normas pueden y deben romperse, dependiendo de las circunstancias. Y, ya puesto, con su particular sentido del humor, no duda en cargar la mano: el doctor Larch es adicto al éter y muere por sobredosis. Aprovechando la ausencia de Wally, Homer se acuesta con la rica Candy, cuya decisión

de abortar no se ajusta precisamente a los casos extremos antes citados; Homer se convierte finalmente en el doctor Wells gracias a unos diplomas falsos; y así progresivamente, practica como médico incluso el incesto (relación sexual entre parientes), que, aunque no es aprobado, es mostrado con comprensión.



4.- Un aprendizaje vital

Las normas de la casa de la sidra es, ante todo, el relato de un aprendizaje vital. Homer Wells, su protagonista, vive su infancia en un orfanato, en un pueblo perdido lejos de la civilización, bajo la tutela del doctor Larch, un médico singular que ejerce de educador de todos los muchachos y muchachas acogidos en su centro. Este hombre, seguidor de unos principios morales bastante heterodoxos (se droga con éter, practica abortos, no duda en falsificar títulos médicos si así lo requiere) será para Homer el punto de referencia constante en su periplo hacia la madurez: en un principio, como maestro y padre putativo (tenido por padre sin serlo); después, como figura tutelar a la que ha de destruir para crecer; finalmente, como modelo de existencia en todos los sentidos, cuya tarea en el hospicio debe continuar una vez muerto aquel.

En este recorrido circular, Homer acabará por encontrar su lugar en el mundo, después de probar las mieles del amor y los falsos espejismos de la libertad: regentar el orfanato en el que se crió y acompañar a aquellos niños y niñas que, como él, fueron condenados a crecer sin una familia; aquellos que, para los ojos amorosos del doctor y, al final, para los de Homer, son los auténticos «príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra», seres humanos «VIP», merecedores de especial respeto, cariño y dedicación, puesto que las circunstancias se han encargado de ponerles cuesta arriba su ingreso en el mundo.

Recapitulemos, por un momento, el recorrido vital de nuestro protagonista. Homer, como todo adolescente, se enfrenta a su juventud con un bagaje de creencias y convicciones aparentemente sólidas e inquebrantables, seguro de que el horizonte esconde excitantes

regiones donde la vida es siempre mejor, íntegra, plena. Con estas expectativas como norte, decide abandonar al doctor por varios motivos: rechaza sus prácticas abortistas (él es, en el fondo, un hijo no querido y abandonado, como todos aquellos fetos que acaban incinerados por sus propias manos en el hospicio), encuentra demasiado estrecho el pequeño mundo del orfanato para sacrificar entre cuatro paredes y treinta mocosos todo su destino y, además, empieza a notar el gusano del deseo amoroso corroyéndole el corazón.

Al final de su aventura, tras pasar una temporada trabajando como recolector de manzanas y, lo más importante, acumulando vivencias, regresará de nuevo al lugar de donde partió, después de que todos los prejuicios y quimeras que motivaron su marcha fueran desmentidos por su trato con la vida: ni las normas éticas son inamovibles cuando de por medio hay seres humanos, ni las aspiraciones e ideales han de llevarnos necesariamente lejos, más allá del territorio acotado por nuestra vocación (a veces tan doméstico que está aquí al lado: en nuestro hospicio, en nuestra familia, en nuestro barrio), ni el amor, por poderoso e idílico que sea, está inmunizado contra la decepción y los embates de la realidad.

Sólo acatando la ley que dictan la tolerancia y los sentimientos más sinceros y viviendo la realidad día a día allí donde podemos ser útiles sin heroísmos y grandes sin elocuencia dibujaremos el mapa de una existencia, si no feliz, al menos digna y valiosa.

5.- Una frase para... discutir

Dr. Wilbur Larch: Homer, aquí en St. Cloud's, se me ha dado la oportunidad de jugar a ser Dios o dejar prácticamente todo en manos del azar. Los hombres y mujeres de conciencia deberían aprovechar esos momentos en los que es posible jugar a ser Dios.

